

**ALCALÁ GALIANO Y V. SALVÁ ANTE LA TRADUCCIÓN.  
A PROPÓSITO DE UNA NUEVA EDICIÓN DEL *ARTE DE  
TRADUCIR* DE A. DE CAPMANY (1835)**

**FRANCISCO LAFARGA**  
UNIVERSITAT DE BARCELONA

En 1835 apareció en París la reedición de uno de los más conocidos manuales de traducción del siglo XVIII: el *Arte de traducir el idioma francés al castellano* de Antonio de Capmany, que se había publicado por primera vez en Madrid en 1776. Cuatro años más tarde, en 1839, la obra se reimprimió en Barcelona, en los mismo términos en los que había salido en la capital de Francia.

El interés de esta reedición reside no sólo en el hecho de que - como reza en la portada- fuera revisada y aumentada respecto de la anterior, sino en la personalidad de los nuevos editores: Antonio Alcalá Galiano y Vicente Salvá, los cuales, además, antepusieron al texto de Capmany una “advertencia”<sup>1</sup>.

Aunque los biógrafos de estos autores no mencionan concretamente la colaboración en esta obra, podemos situarla en el período que media entre 1830 y 1834, cuando ambos estaban en Francia: Salvá en París y Alcalá Galiano entre París y Tours (véase García Barrón 1970 y Reig 1972). Si bien no fue la única ocasión en que tanto uno como otro se dedicaron a cuestiones de orden lingüístico (más Salvá que Alcalá Galiano), pienso que la principal razón que podría haberlos llevado a preparar la nueva edición del manual de Capmany fue de índole económica, sobre todo en el caso del escritor gaditano, que estaba pasando

---

<sup>1</sup> Reproduzco en apéndice esta advertencia, sacada de la edición de 1839, que es la que he manejado.

penurias en su exilio francés. Por otra parte, se trataba de una publicación que necesitaba de poca dedicación por parte de los editores y que tenía o parecía tener despacho asegurado, tanto por su carácter eminentemente práctico como por el prestigio del autor.

Sabemos que V. Salvá se había dedicado a reunir materiales para un diccionario bilingüe francés-español y español-francés, y que ya en 1832 se dispuso a anunciarlo como de inminente aparición; sin embargo, nunca llegó a publicarlo por sí mismo, aunque dichos materiales, recopilados más tarde por Juan Bautista Guim sirvieron para el diccionario que se imprimió en 1856 en Besançon (véase Salvá y Mallén 1872: II, n° 2280 y Reig 1972: 309 y nota). De este diccionario, que salió de hecho a nombre de Salvá, se hicieron numerosas reediciones y ampliaciones en la segunda mitad del siglo XIX y buena parte del XX. Con todo, la advertencia que lo precede no es de Salvá, sino de sus continuadores, por lo que desgraciadamente no resulta útil para una posible confrontación con la advertencia al *Arte de traducir* de Capmany. Lo que sí publicó el propio Salvá en 1847, dentro así mismo del ámbito de la enseñanza del francés, fue una gramática para el aprendizaje de esta lengua destinada a españoles<sup>2</sup>.

La labor lexicográfica de Salvá dio otros notables resultados, en particular una *Gramática* (1830) y un *Diccionario* (1838) de la lengua castellana. Mientras que Alcalá Galiano, en este sentido, se limitó a redactar algún artículo o discurso referido al lenguaje, siendo el que más podría interesarnos por la relación con la obra que nos ocupa el pronunciado en fecha muy tardía (el 29 de septiembre de 1861) en la Real Academia sobre el tema "Que el estudio profundo y detenido de las lenguas extranjeras lejos de contribuir al deterioro de la propia sirve para conocerla y manejarla con más acierto" (véase Alcalá Galiano 1870). Según consta en las actas de la Academia, se había comprometido en noviembre de 1857 a redactar un "Arte de traducir o reglas y consejos generales para los traductores, tomando por ejemplo las lenguas vivas más conocidas en España" (véase García Barrón 1970: 62), que no llegó a componer, aunque el discurso pronunciado en 1861 parece ir en el mismo sentido, independientemente de la coincidencia del título con el manual de Capmany.

---

<sup>2</sup> *Gramática para los españoles que deseen aprender la lengua francesa sin olvidar la propiedad y el giro de la suya*, París, Librería Salvá, 1847.

Alcalá Galiano realizó otras actividades relacionadas con la traducción, si bien a partir de los años 1840. Se trata de la versión, anotada y enriquecida, de dos obras históricas monumentales: la *History of Spain* de Samuel Astley Dunham<sup>3</sup> y la *Histoire du Consulat et de l'Empire* de Adolphe Thiers<sup>4</sup>. Mucho más tarde (1861), con motivo de la publicación de la traducción del poema dramático *Manfredo* de lord Byron, realizada por su hijo José, Alcalá Galiano redactó el prólogo.

Volviendo al tema concreto de esta intervención, la edición del *Arte de traducir* de Capmany, cabe decir que los aumentos de los editores se limitan básicamente a seis notas a pie de página, dos de ellas referidas al prólogo del propio Capmany y las restantes a su texto. La primera es de carácter histórico, y completa un pasaje del prólogo en el que el lexicógrafo catalán alude a la falta de un diccionario completo francés-español: “Llenó este vacío algunos años después el mismo Capmany publicando en 1805 su *Nuevo diccionario francés-español*, obra estimable, que con el aumento de unas pocas voces han reproducido Núñez de Taboada y Gian-Trapani”<sup>5</sup> (Capmany 1839: XXI). Esta nota es la única que lleva al final, entre paréntesis, la indicación “N. del E.” (así, en singular). Con todo, las otras cinco notas no aparecen en la edición de 1776, por lo que también son atribuibles a los editores del XIX. Se trata de precisiones o ampliaciones relativas a ciertas palabras, aumentando los ejemplos dados por Capmany o haciendo alusión a algún uso contemporáneo<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la reina Isabel II*, Madrid, Sociedad Literaria y Tipográfica, 1844-1846, 7 vols., de los cuales tradujo los cinco primeros y redactó los dos últimos.

<sup>4</sup> *Historia del Consulado y del Imperio de Napoleón*, Madrid, Boix, 1845 (vols. I-V); Madrid, La Ilustración. Sociedad Tipográfica y Literaria Universal, 1847 (VI-VII); Madrid, José Redondo Calleja, 1849 (VIII); Madrid, Andrés y Díaz, 1850 (IX) y Madrid, B. González, 1850 (X). Por los mismos años aparecieron no menos de tres traducciones de la misma obra, debidas a Pedro Madrazo (Madrid, 1845), Joaquín Pérez Comoto y Antonio Ferrer del Río (Madrid, 1845-1863) y dos traductores que se ocultan bajo las iniciales D. L. X. y M. O. (Málaga, 1845-1846).

<sup>5</sup> Se refieren al *Dictionnaire français-espagnol et espagnol-français* (París, 1812) de Melchor Manuel Núñez de Taboada, del que se hicieron numerosas reediciones a lo largo del siglo en Francia y en España; y al *Nouveau dictionnaire français-espagnol et espagnol-français* de Domingo Gian Trapani (París, 1826), que aparece en su primera edición como “revu par Charles Nodier” y que se editó más tarde también en España. Núñez de Taboada es, así mismo, autor de un *Arte de hablar bien francés* (París, 1824).

<sup>6</sup> Así: “Las locuciones *atacar las preocupaciones, encadenar la razón, el gusto de la naturaleza* son usadas ahora aun por los que se precian de escritores puros” (XIX); “Estos

La advertencia, que ocupa las páginas III a XX de la obra, se abre con una referencia a la actividad del “erudito y laborioso” Antonio de Capmany, no exenta de ciertas reticencias respecto de la actitud de que hizo gala hacia el final de su vida:

Cuando publicó la siguiente obra [...] aún no había hecho el profundo estudio de la lengua castellana que después le granjeó tan distinguido lugar y dilatada y bien merecida fama en el orbe literario; señaladamente dentro de su patria, donde todavía es venerado como autoridad de gran peso en materia de dicción correcta y castiza. Pero, por otra parte, se hallaba entonces libre de ciertos resabios y temas que en sus últimos años le dominaron e influyeron en su juicio y estilo cuando, enamorado de nuestros escritores por su frecuente lectura y exacerbado con los franceses por causas, en parte literarias, en parte políticas, dio en recomendar y remedar las faltas no menos que los primores de las antiguas obras españolas; en menospreciar la lengua francesa harto más de lo debido, en condenar ciertas frases y metáforas sólo porque las usan nuestros vecinos y en escribir con un tanto de violencia y afectación perdiendo (por el miedo de contaminarse de galicismos y el deseo de acertar con el tono de los buenos autores castellanos) la fluidez y naturalidad que son prendas indispensables de toda buena composición. (III-IV)<sup>7</sup>

Aluden a continuación los autores a las extendidas quejas sobre las malas traducciones, plaga que no sólo afectaba a España, y, en último término, a la dificultad de la propia traducción, citando al crítico Jean-Jacques Dussault, a través de Nodier<sup>8</sup>.

---

adverbios *aquende* y *allende* son poco usados, señaladamente el primero, pues el segundo va renaciendo. Mas no hay razón para que no se les de entrada en nuestro vocabulario, sustituyéndolos a un circunloquio o perifrasis, cual es el que ahora usamos” (5-6); “Hállase a veces *livret* y *maisonnette*, pero no es lo más común” (tratando de los diminutivos en francés, 14); “Ya dicen muchos *imponente*, pero es voz poco recibida entre los buenos hablistas, ni recomendaremos su adopción, pues el verbo *me impone* no significa en castellano lo que en francés, si no se añade la voz *temor*, *respeto* u otra equivalente” (sobre los participios, 63); “En poesía bien puede traducirse *riente*, ya que Rioja ha dicho en las *Silvas a las flores*: El mismo cerco alado/que estoy viendo riente” (64).

<sup>7</sup> Se refieren los editores a la *Filosofía de la elocuencia* (1777) y al *Teatro histórico-crítico de la elocuencia castellana* (1786-1794) por un lado, y por otro al *Nuevo diccionario francés-español* (1805), en cuyo prólogo hace una larga comparación entre las dos lenguas (en detrimento de la francesa), y al *Centinela contra franceses* (1808), uno de los ejemplos más característicos de la literatura política de la guerra de la Independencia.

<sup>8</sup> Jean-Jacques Dussault, editor y crítico literario francés (1769-1824) publicó numerosas

Expresan así mismo algunas ideas positivas acerca de la traducción, en las cuales no se alejan mucho del pensamiento expresado por Capmany en 1776 y que, en muchos aspectos, se halla en distintos teóricos de finales del siglo XVIII y primeros años de la centuria siguiente. Por ejemplo, la idea de que “una traducción debe tener cierto sabor al original si ha de dárselos en toda su sazón y con su gusto vivo y perfecto”, que se opone a la corriente de las *belles infidèles* y que responde a un respeto -cada vez más extendido en Europa- por el autor, su texto, su estilo, su cultura<sup>9</sup>. Si se acepta que “el estilo de un autor no es otra cosa que sus pensamientos expresados conforme a sus estudios, ingenio e índole; y aquellos y esta son producto del tiempo en que vive, de la tierra que habita, de la fe que profesa, de las leyes a que está sujeto, de la sociedad en que pasa sus ratos perdidos y del gusto literario e ideas reinantes entre sus coetáneos”, los editores se preguntan: “¿cómo es posible que un traductor se ponga en lugar del autor cuya obra vierte, cuando le separan de él país, leyes, usos, costumbres, talento y carácter?” (V-VI).

Por otra parte, Alcalá Galiano y Salvá son partidarios de adoptar en la traducción un lenguaje y un estilo semejante al de los autores traducidos, sin pretender -como había preconizado Capmany- imitar a los buenos escritores españoles, pues no tendría sentido alguno “verter un traductor español a Montesquieu o a Rousseau y menos todavía a Benjamin Constant, Mma. de Staël o a Chateaubriand en el lenguaje de Granada, León o Cervantes” (VII).

En otros puntos coinciden, sin embargo, con el pensamiento de Capmany: como en la necesidad de adecuar el vocabulario a los nuevos tiempos y de incorporar los neologismos necesarios para nombrar los inventos y hallazgos producidos por el progreso<sup>10</sup>.

---

reseñas y críticas de traducciones, muy severas, que reunió en sus *Annales littéraires* (1818) bajo la rúbrica “Système de la traduction”.

<sup>9</sup> Capmany había escrito en su *Arte*: “Una traducción será imperfecta siempre que con ella no podamos conocer y examinar el carácter de la nación por el del autor. Cada nación tiene el suyo y, de resultas de él, usa de ciertas comparaciones, imágenes, figuras y locución, que por su singularidad y novedad chocan nuestra delicadeza. Así, muchos traductores, o por amor propio o por indiferencia o, finalmente, por ignorancia, esto es, o por preferir el carácter de su nación y el gusto de su tiempo, o por no querer o no saber conocer la filosofía de las costumbres en la de los diversos idiomas, han hecho que hable un sueco como si fuera un árabe” (Capmany 1776: VI-VII).

<sup>10</sup> Había escrito Capmany (1776: XI): “El geómetra, el astrónomo, el físico, el crítico, el filósofo no hablan ya el lenguaje del vulgo, con el cual se explicaba todo cien años atrás.

Para concluir su exposición, los editores resumen el deber del traductor en “conservar al original su carácter y estilo y hasta cierto punto la estructura de sus frases, adoptar sus mismas figuras y expresar las cosas e ideas nuevas con palabras nuevas” (IX-X). Y no descuidan mencionar los conocimientos que debe tener: “un estudio profundo de ambas lenguas, la del original y la propia, como también un conocimiento cabal de la materia” (X).

No fueron en esto -todo hay que decirlo- muy originales Alcalá Galiano y Salvá, pues ya se venía diciendo en muchos textos sobre traducción, por lo menos desde Étienne Dolet. Pero es interesante constatar la fuerza y la decisión con que lo expresaron, precisamente en un paratexto de un manual sobre traducción.

### Referencias bibliográficas

- ALCALÁ GALIANO, Antonio. 1870 [1861]. “Que el estudio profundo y detenido de las lenguas extranjeras lejos de contribuir al deterioro de la propia sirve para conocerla y manejarla con más acierto” (Discurso, 29-9-1861), en *Memorias de la Academia Española*, Madrid, Rivadeneyra, 1870, I, 144-174.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio. 1861. “Prólogo” a Lord Byron, *Manfredo, poema dramático*. Traducido por José Alcalá Galiano, Madrid, Imprenta de A. Vicente, IX-XIV (“Teatro español de 1730 a 1928” 40).
- ALCALÁ GALIANO, Antonio. 1955. *Obras escogidas*. Edición de Jorge Campos, Madrid, Atlas, 2 vols. (BAE 83 y 84).
- CAPMANY, Antonio de. 1776 [1987]. *Arte de traducir el idioma francés al castellano. Con el vocabulario lógico y figurado de la frase comparada de ambas lenguas*, Madrid, Antonio de Sancha; hay reimpresión, con estudio introductorio, de M<sup>a</sup> del Carmen Fernández Díaz, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago.
- CAPMANY, Antonio de. 1839. *Arte de traducir el idioma francés al castellano. Revisto y aumentado por D. Antonio Alcalá Galiano y por D. Vicente Salvá. Edición copiada de la que se ha publicado últimamente en París*, Barcelona, Imprenta y Librería de Joaquín Verdaguer, [1<sup>a</sup> ed. París, V. Salvá, 1835].
- FERNÁNDEZ FRAILE, M<sup>a</sup> Eugenia & Javier SUSO. 1999. *La enseñanza del francés en España (1767-1936)*, Granada, Método Ediciones.

---

Tienen otro vocabulario, tan distante del usual como el de Newton lo es del de Tolomeo”.

- GARCÍA BARRÓN, Carlos. 1970. *La obra crítica y literaria de don Antonio Alcalá Galiano*, Madrid, Gredos (“Biblioteca Románica Hispánica”).
- LLITERAS, Margarita. 1992. *La teoría gramatical de Vicente Salvá*, Madrid, SGEL.
- REIG, Carola. 1972. *Vicente Salvá, un valenciano de prestigio internacional*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- SALVÁ Y MALLÉN, Pedro. 1872 [1963]. *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, Valencia, Ferrer de Orga; reimpresión Barcelona, Porter Libros.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel. 1999. “La crítica literaria en el siglo XIX: Antonio Alcalá Galiano (1789-1865)”, *Dicenda* 17, 231-249.
- SEBOLD, Russell P. 1982. “Alcalá Galiano y la literatura dieciochesca” en *Homenaje a Juan López-Morillas*, Madrid, Castalia, 383-404.

## Apéndice

“Advertencia” a Antonio de CAPMANY, *Arte de traducir el idioma francés al castellano. Revisto y aumentado por D. Antonio Alcalá Galiano y por D. Vicente Salvá. Edición copiada de la que se ha publicado últimamente en París, Barcelona, Imprenta y Librería de Joaquín Verdaguer, 1839 [1ª ed. París, V. Salvá, 1835].*

[III] Cuando publicó la siguiente obra el erudito y laborioso D. Antonio de Capmany aún no había hecho el profundo estudio de la lengua castellana que después le granjeó tan distinguido lugar y dilatada y bien merecida fama en el orbe literario; señaladamente dentro de su patria, donde todavía es venerado como autoridad de gran peso en materia de dicción correcta y castiza. Pero, por otra parte, se hallaba entonces libre de ciertos resabios y temas que en sus últimos años le dominaron e influyeron en su juicio y estilo cuando, enamorado de nuestros escritores por su frecuente lectura y exacerbado con los franceses por causas, en parte literarias, en parte políticas, dio en recomendar y remedar las faltas no menos que los primores de las antiguas obras españolas; en menospreciar la lengua francesa harto más de lo debido, en condenar ciertas frases y metáforas sólo porque las usan nuestros vecinos y en escribir con un tanto de violencia y afectación perdiendo (por el miedo de contaminarse de galicismos y el deseo de acertar con el tono de los buenos autores [IV] castellanos) la fluidez y naturalidad que son prendas indispensables de toda buena composición.

Es general motivo de queja que abundan entre nosotros las malas versiones de libros franceses para vergüenza y corrupción de la buena habla castellana, y forzoso es confesar que estas quejas, si bien demasiado ponderadas, no carecen de fundamento. Mas no crean los que tanto se duelen y lamentan de la plaga de malas traducciones como mal peculiar de nuestro idioma patrio que faltan en otros países traductores torpes y ramplones, tan olvidados, ni más ni menos, de

sus respectivas lenguas como lo están de la castellana los traductores adocenados que pecan a menudo de ignorancia y otras veces de ligereza o malicia, llevándolos el anhelo de una ganancia pronta a excusarse el trabajo y lima con que pudieran haber hecho sus versiones menos imperfectas. En general son malas todas las traducciones, ni hay quien vaya a estudiar en ellas su idioma nativo. Los escritos cuyo mérito está cifrado en la doctrina que contienen son útiles aunque estén mal traducidos, si bien valiera más que lo estuviesen con acierto y corrección; y en las obras de imaginación, ya sean en prosa ya en verso, nunca puede la copia llegar al original ni presentar de él una idea cabal y viva, por más que conserve y transmita sus invenciones e imágenes, desnudas empero [v] del estilo y dicción que les dan su principal realce. “Las traducciones literales, dice el insigne escritor francés Carlos Nodier citando a su amigo Dussault, son trovas o parodias, y las versiones literarias o parafrásticas, copias engañosas”. De aquí tal vez podrían inferir los lectores que más valdría no traducir si es imposible traducir bien y que, por lo mismo, viene a ser inútil la siguiente obra; mas, como al cabo es cierto que conviene hacer a cada país participante de las preciosidades literarias de los demás, por más que lleguen averiadas y menoscabadas al tiempo de transportarlas, bueno será ir indicando el modo por donde pueda llevarse a efecto la traslación con el menor daño posible de los objetos originales.

Será una traducción perfecta la que nos representara una obra tal cual la habría compuesto su autor si hubiese escrito en la lengua del traductor; pero claro está que semejante versión es casi imposible, pues supondría en aquel y este igualdad y hasta identidad de talentos, de estudios, de hábitos, en suma, de cuanto contribuye a formar el carácter y estilo de los escritores. Por lo mismo será la mejor traducción aquella que más se aproxime al modelo que acabamos de bosquejar en la mente, confesando la imposibilidad de verlo alguna vez realizado.

Más votos junta a su favor el método de versiones parafrásticas, al que en la práctica [VI] reina el uso de las traducciones ajustadas o literales, menos por propósito deliberado de los traductores que por sus escasos alcances o saber y por su ninguna diligencia. Por cuya razón, irritados los preceptistas de ver tanta traducción mala y notando que pecan casi todas por conservar la sintaxis del original con grave prejuicio de la lengua en que está hecha la copia, caen el extremo de recomendar las traducciones libres, doctrina en cierto grado errónea y en todas ocasiones arriesgada, con paz sea dicha de los buenos críticos que la promulgan y sustentan.

Escandalícese quien se escandalizare, una traducción debe tener cierto sabor al original si ha de dársle en toda su sazón y con su gusto vivo y perfecto. El estilo de un autor no es otra cosa que sus pensamientos expresados conforme a sus estudios, ingenio e índole; y aquellos y esta son producto del tiempo en que vive, de la tierra que habita, de la fe que profesa, de las leyes a que está sujeto, de la sociedad en que pasa sus ratos perdidos y del gusto literario e ideas reinantes entre sus coetáneos, a las cuales se acomoda hasta el novador más atrevido, pues en ellas tiene que hacer hincapié para saltar a sus más arrojadas innovaciones. Si esto es el



estilo, del cual forma una parte principal la dicción, ¿cómo es posible que un traductor se ponga en lugar del autor cuya obra vierte, cuando le [VI] separan de él país, leyes, usos, costumbres, talento y carácter?

No menos que los estilos se van alterando las lenguas con el transcurso de los tiempos y las mudanzas del mundo; y así hasta en la francesa, la más correcta o la más esclava de todas, han ocurrido variaciones muy notables, señaladamente en nuestros días. Cotéjense las *Memorias* del cardenal de Retz, escritas ya en tiempo en que estaba fijado su idioma nativo y escritas en lenguaje elegante y puro, con cualquiera de las infinitas *Memorias* de nuestros contemporáneos y véase si no usan de un estilo y dicción en extremo diferentes.

¿Cómo, pues, ha de verter un traductor español a Montesquieu o a Rousseau, y menos todavía a Benjamin Constant, a Mma. de Staël o a Chateaubriand en el lenguaje de Granada, León o Cervantes, ni siquiera en el de Saavedra Fajardo? Esto pretenden, sin embargo, algunos preceptistas y a ello se inclina nuestro Capmany, de lo cual es prueba la doctrina que asienta (muy consentida y no por esto muy cierta) de que a nuestra lengua convienen los períodos largos o el estilo oratorio, al paso que en la francesa son preferibles los períodos cortos o el estilo truncado.

Fácil es probar que no es fundada esta creencia. ¿Por ventura usan Fléchier, Massillon o Buffon de períodos cortos como Voltaire y [VIII] Montesquieu? O, ¿son los de Saavedra y Quevedo y aun los de algunos autores castellanos del siglo XVI de tan largas dimensiones como de los de fray Luis de León y Cervantes? Y, ¿conservaría su verdadero carácter *El espíritu de las leyes* en períodos largos? Pues que en un autor que sabe su oficio, ¿es la distribución y extensión de los períodos obra de mera voluntariedad o nace, por el contrario, forzosamente del modo en que concibe e intenta expresar sus pensamientos? Lo mismo que de los períodos puede y debe decirse de ciertas metáforas, condenadas sin razón por algunos puristas como ajenas de nuestra lengua castellana. Pues si bien es cierto que en algunos países, por consecuencia de los hábitos y estudios que allí dominan, reinan ideas de las cuales nacen las figuras de estilo y dicción más comúnmente usadas, no lo es menos que el uso de las diversas metáforas indica, más que la tierra, la época, ocupaciones y genio de los escritores. Porque nuestros antepasados las fuesen a buscar en la medicina galénica o en la astrología y alquimia, únicas ciencias, si tal nombre merecen, que ellos cultivaban, ¿habremos de desechar como extranjerías las imágenes tomadas de las ciencias físicas y matemáticas, objeto de nuestros presentes estudios, especialmente cuando traducimos obras en donde el autor manifiesta el influjo que la lectura propia ha tenido [IX] en la formación de sus conceptos y frases?

Igualmente hay puristas a quienes repugna la introducción de vocablos nuevos para expresar ideas nuevas. Este es, si cabe, error más craso que los anteriores. Tanto valdría negar el derecho de entrada y naturalización a voces que expresan ideas ya metafísicas, ya políticas ignoradas de nuestros mayores, como no haber dado a la quina o al hidrógeno, a la pólvora o al chocolate, a los fusiles u

obuses, a las muselinas o rasos los nombres que ahora llevan, prefiriendo designarlos por circunloquios o nombres de otras sustancias o por los de artefactos anteriormente conocidos.

Y no infiera de lo dicho un lector superficial y precipitado que es el intento de estas observaciones abogar la causa de los malos traductores; que si tal fuese no había por qué reimprimir, como lo hacemos, el *Arte de traducir* de Capmany. Lo que aquí se pretende es señalar los precipicios en que puede caer quien, temeroso de perder la buena senda por un lado se arrimase demasiado al opuesto y con su deseo de hablar castellano puro se olvidara de su obligación de traductor, la cual consiste en dar una representación del original la menos imperfecta posible.

Reasumiéndonos, pues, diremos que en nuestro sentir debe un traductor conservar al original [X] su carácter y estilo y hasta cierto punto la estructura de sus frases, adoptar sus mismas figuras y expresar las cosas e ideas nuevas con palabras nuevas, mas no por eso viciar la sintaxis de la lengua propia ni apelar al vocabulario extranjero cuando hay en el nativo vocablo correspondiente, ni en ocasiones donde conviene usar una voz nueva dejar de acomodarla en su construcción y eufonía a la índole y tono general de su idioma patrio.

Para lograr estos, pues, repetimos que es útil la siguiente obra. Sin duda que a su lectura debe agregar el traductor un estudio profundo de ambas lenguas, la del original y la propia, como también un conocimiento cabal de la materia de que trata el escrito, mas al cabo este manual puede refrescar en su cabeza ciertas especies, recordarle frases olvidadas e indicarle otras no conocidas; en una palabra, abreviarle y facilitarle su tarea. Y para los traductores comunes, que trabajan casi a ciegas y a destajo, es más palpable su utilidad, pues con ella en la mano podrán más fácilmente seguir la sintaxis de su lengua en vez de conservar intacta la del original, del cual suelen no traducir más que las palabras y muchas veces con poca exactitud.